

VARIEDADES

APOSTILLAS ÁRABES A ALGUNOS PASAJES DE «LA DOROTEA» DE LOPE DE VEGA

FERNANDO DE LA GRANJA
Universidad Complutense

«¿De qué color eres, amiga?», pregunta don Bela el indiano a Gerarda, por cuya mediación quiere ganarse a Dorotea. «De todas, príncipe —responde Gerarda—; que quando era moça, me inclinaba a verde; porque *quien se viste de verde, a su rostro se atreue*»¹.

Porque Dorotea es moza, sigue don Bela el parecer de la alcahueta y compra una tela que lleva a casa de Dorotea. Gerarda está presente y se apresura a examinar y ponderar el regalo: «¡Qué cosa tan linda! ¿Es Milán esto?... ¿Pintó la primauera vn prado ni le imitó vn poeta con más flores?» Dorotea se deja llevar a su vez por el entusiasmo: «¡Qué bien asientan estas clauellinas de nácar sobre lo verde!»². Y cuando don Bela le muestra algunos pares de medias («porque no me dixo la color Gerarda que priua más con vuestro gusto»), dice Dorotea: «Estas de nácar son excelentes»; y Gerarda: «Llama este color los ojos», para acabar Dorotea con esta sentencia: «Los ojos no, sino el gusto; que de la vista mejor objeto es lo verde, y más la conserua»³.

El refrán usado por Gerarda, maestra en la materia, está recogido en el *Diccionario de Autoridades*, con la adición de una variante: *Quien se viste de verde a su rostro, o hermosura se atreve*, explicado así⁴:

Refr. con que se da a entender que el color verde no es favorable a las que no son mui hermosas, y que sin este riesgo solo deben usar de él las que lo son.

Y reproduce, tras dar la traducción al latín, las mismas palabras de Gerarda: «Que quando era moza, etc.»

¹ Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. Edwin S. Morby, 2.^a ed. revisada, Madrid, Castalia, 1968, p. 135.

² *Ibidem*, p. 172.

³ *Ibidem*, p. 177 y nota 116.

⁴ *Diccionario de autoridades*, Madrid, tomo I, 477a, sub *atreverse*.

El refrán figuraba ya en la colección de Hernán Núñez en la forma *La que se viste de verde, en su hermosura se atreve*⁵, que es la que recoge Correas en su *Vocabulario*⁶. En ambas formas aparece sin glosa; una y otra están citadas por Edwin S. Morby, en su espléndida edición de *La Dorotea*.

Don Francisco Rodríguez Marín recogió otras variantes del refrán: *La que a vestirse de verde se atreve, por guapa se tiene; quien a lo verde se atreve, gran hermosura tiene*, y un tercero que, evidentemente, está falto de algo: *La que se viste de verde, toda su hermosura pierde*⁷.

El refrán está todavía vivo en Extremadura, aunque en la versión oral que me han dado haya desaparecido la rima: *La que de verde se viste, con su belleza se atreve*. Mi amable comunicante me lo ha explicado exactamente así: «A las morenas les sienta mal el color verde; sólo se atreven a vestirse de verde las mujeres muy guapas». Habría que decir, en rigor, las mujeres muy guapas, pero, además, o sobre todo, de piel muy blanca, que es lo que mantiene, desde hace siglos, la tradición española, y también, y es tradición más antigua, el folklore árabe en relación con el vestido verde.

Vayamos por partes. Aunque haya gustos para todos, en la tradición castellana y en la árabe la preferencia está por la blancura de tez de la mujer; que sean de pelo negro o rubio, ya es otro cantar (aquí, la preferencia de los árabes ha sido siempre de cabellos negros, en lo antiguo).

Para probarlo, valga, de una parte, un refrán del Maestro Correas: *La mujer blanca, encubre ciento y una falta*⁸; de otra, dos antiguos refranes árabes: *Al-bayādu nisfu l-ḥusn*⁹, lit.: ‘la blancura es la mitad de la hermosura’; *Al-bayādu aḥadu l-ḡamālayn*¹⁰, lit.: ‘la blancura es una de las dos bellezas’, que hay que entender: ‘es una segunda belleza’, ‘es a

⁵ *Refranes o proverbios en romance, que coligió y glossó el Comendador Hernán Núñez* (publicado con *La Filosofía vulgar* de Mal Lara y las *Cartas* de Blasco de Garay), Lérida, 1621, f. 61 v, b.

⁶ Correas, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*, Madrid, Tip. de la Revista de archivos, bibliotecas y museos, 1924, p. 261 b.

⁷ *Refranero general ideológico español*, compilado por Luis Martínez Kleiser, Madrid, 1953, núms. 63.126-63.129, sub verde.

⁸ Correas, *Vocabulario*, p. 327 b.

⁹ Abū Maṣṣūr al-Ṭaʿālibī, *Al-Tamṭīl wa-l-muḥāḍara*, Cairo 1381/1961, p. 216; Ibn ʿAbd al-Barr, *Baḥyāt al-maʿyālīs wa-uns al-muʿyālīs*, Cairo, 1967-70, II, p. 55.

¹⁰ Ibn ʿAbd al-Barr, *Baḥyāt al-maʿyālīs*, I, p. 91.

par de belleza'. Habría que decir todavía más, que la blancura es la belleza de la mujer: *al-bīd*, plural de *al-bayḍā* ('la blanca'), femenino del adjetivo de color, está lexicalizado desde antiguo (*femmes belles*¹¹).

De otro lado, es archiconocida la preferencia de árabes y musulmanes por el color verde, que figura en las banderas de tantos países del Islam, y que era el color predilecto del Profeta. Sin salirnos de la misma obra del autor (cordobés), acabada de citar, mencionaré lo que nos dice a este respecto: *Kāna l-nabiyyu, ṣallā Allāhu 'alay-hi wa-sallama, yuḥibbu min al-alwāni l-judrata wa-yakrahu l-ḥumra*¹², es decir: 'De todos los colores, el Profeta (Dios lo bendiga y salve) amaba el verde y detestaba el rojo'.

Verde y blanco armonizan admirablemente (rojo y blanco, también, como veremos), según el gusto de los árabes: «Los belfos blancos, las pezuñas verdes», dice con acierto al-Mutanabbī, que sólo seguía una tradición, en una casida que hace años se encargó de ilustrar mi maestro García Gómez¹³. Y hombres de letras de al-Andalus recogen en sus obras esa predilección por el verde y el blanco.

Preguntaron a un beduino: «¿Qué color es el más hermoso?» Contestó: «Blancos alcázares (*quṣūr bīd*) en jardines verdes»¹⁴.

En otras transmisiones, a la pregunta: «¿Qué cosa es la más bella?», dirigida a distintas personas, la respuesta es: «Los alcázares (*al-quṣūr*) y las mujeres hermosas (*al-bīd*) en los jardines verdes»¹⁵; o bien: «Un huevo de avestruz (*bayḍa*) en un arriate»¹⁶. Es decir, la blancura/belleza sobre fondo verde. Al-Ḥarīrī, en una de sus famosas *maqāmas*, nos habla de «un mancebo más bello que un huevo de avestruz en un arriate» (*fat^{an} aḥsanu min bayḍaⁱⁿ fī rawḍa*¹⁷). Al-Šarīšī, jerezano, glosa la frase y trae a cuento el empleo metafórico de la palabra *bayḍa* ('huevo', de avestruz, como se encarga de explicar) que se aplica a la mujer

¹¹ Cf., por ejemplo, Biberstein Kazimirski, A., *Dictionnaire arabe-français*, París, 1960, I, p. 184b.

¹² Ibn 'Abd al-Barr, *Bahyat al-mayālis*, II, p. 60.

¹³ García Gómez, E., *Cinco poetas musulmanes*, Madrid, 1944, pp. 50 y ss.

¹⁴ Aḥmad ibn 'Abd Rabbi-hi, *Al-Iqd al-farīd*, Cairo, 1372/1952, III, p. 465.

¹⁵ Ibn 'Abd al-Barr, *Bahya*, II, p. 183.

¹⁶ *Ibidem*, loc. cit.

¹⁷ Abū l-'Abbās al-Šarīšī, *Sarḥ Maqāmāt al-Ḥarīrī*, ed. M. Abū l-Faḍl Ibrāhīm, Cairo, s.d. (el prólogo del editor está fechado en 1389/1969), V, p. 244.

hermosa, recuerda su empleo por Imru' al-Qays, y todavía nos refiere esta anécdota, en relación con las que acabamos de ver:

Preguntaron a al-Awsiyya, mujer sabia de los árabes, en presencia de 'Umar ibn al-Jaṭṭāb: «¿Cuál es el espectáculo más hermoso?» Respondió: «Blancos alcázares en jardines verdes.» 'Umar (Dios esté satisfecho de él) comenzó a recitar el verso de 'Adī ibn Zayd:

Como bellas mujeres de marfil en las hornacinas,
o como huevos de avestruz en los jardines de luminosas flores ¹⁸.

Los huevos de avestruz (*al-bayḍ*) son blancos, como las mujeres hermosas (*al-bīḍ*), y su blancura/belleza queda realzada con el color verde. La anécdota está recogida por otros escritores árabes, entre ellos al-ʿYāḥiẓ ¹⁹.

Sí; verde y blanco armonizan y son dos colores que complementan la belleza, en las personas, en el reino animal y el vegetal, como hemos visto. Blanco y verde, como la bandera de Andalucía.

Blanco y verde, como en las canciones populares andaluzas:

Ovejita' eran blancas
y el praíto verde,
y el pastorcito que la' está guardando
de *ducas* se muere.

O esta otra, ese lindo piropo dedicado al Guadalquivir, anónimo hasta donde yo sé, y que recogió Lope de Vega en alguna de sus comedias:

¡Ay, río de Sevilla,
cuán bien pareces
con galeras blancas
y ramos verdes!

Volviendo ahora al refrán que pone Lope en labios de Gerarda, citado al comienzo de estas páginas, y a los estrechamente relacionados con él de que hemos hablado después, existen otros refranes castellanos, en algún caso más antiguos, que, como veremos, están igualmente en relación con aquél, aunque aparezcan formulados de distinto modo.

¹⁸ *Ibidem*, V, pp. 245-246.

¹⁹ Al-ʿYāḥiẓ, *Al-Bayān wa-l-tabyīn*, El Cairo, Maktabat al-Jānī, s.d., I, 45.

El primero lo recoge Vallés: *Yo me era negre, y vistieronme de verde*²⁰, que registra también Hernán Núñez²¹, con la variante *negra*, y Correas²², en igual forma que Vallés. Me inclino a pensar que esa variante de Núñez es la buena: *negra*, que se convertiría en *negre*, en busca de la rima y por imitación burlesca del habla de moros y negros, de que usan y abusan tantos autores del Siglo de Oro. Correas es el único en explicar el refrán: «Opinión es que lo verde no ayuda nada a la hermosura, y menos en morenos y morenas»²³. El *Diccionario de Autoridades* recoge también el refrán, para darle un sentido más general y un tanto desviado: «Refr. que reprende a los que empeoran las cosas, queriéndolas componer u adornar, por modos improporcionados, o queriéndolas disimular o excusar, las hacen más notorias y reparables»²⁴.

Encuentro dos refranes, uno castellano y otro árabe, que están emparentados con éste. El primero, recogido por Rodríguez Marín, es: *Del diablo se aconsejó la morena que de verde se vistió*²⁵, cuyo sentido es obvio («como si la hubiera aconsejado su peor enemigo», se dice todavía hoy al comentar el atuendo desafortunado de una mujer); el segundo es tunecino, y dice así: *Samra u-tilbis lajdār u-təzīd əl-ħarqūs, ħattā l-dəyāy yatgāmiz ‘alī-ha bə-l-rūs*, es decir: «Es morena, y se viste de verde, y se alcohola; hasta las gallinas le hacen muecas a porfía»²⁶.

La tradición parece ser la misma: la hermosa (y blanca) puede vestir de verde, ya que sólo realza su belleza; la morena (y la que no es hermosa) deben abstenerse de vestir de ese color, que sólo acentuará lo oscuro de su piel (o su fealdad) hasta caer en ridículo.

Lo curioso del caso es que de este refrán tunecino que acabamos de ver existen en Oriente refranes paralelos relativos al moreno (no a la morena) y al color rojo (no al verde). Veamos algunos ejemplos. En Egipto: *In kân biddak tiḏḥak ‘ala lasmar labbisuh aḥmar*²⁷; o sea: «Si quieres reírte del moreno, vístelo de colorado.» Añade el compilador: «porque no conviene con su color, y se convierte en motivo de burla y

²⁰ Vallés, Pedro de, *El libro de los refranes*, Zaragoza, 1549, ed. facsímil, M. García Moreno, Madrid, 1917; Martínez Kleiser, L., *Refranero General*, núm. 63.125.

²¹ *Refranes*, ed. cit. en nota 5, f. 120v, b.

²² Correas, G., *Vocabulario*, p. 515b.

²³ Correas, *loc. cit.*

²⁴ *Diccionario de Autoridades*, IV, 662a, sub *negro*.

²⁵ Martínez Kleiser, L., *Refranero General*, núm. 63.130.

²⁶ Al-Ṭāhir al-Jamīrī, *Mujtārāt/Muntajabāt min al-amṭāl al-‘amma al-tūnisiyya*, Túnez, 1967, núm. 1004.

²⁷ Taymūr, Aḥmad, *Al-Amṭāl al-‘ammīyya*, 2.^a ed., Cairo, 1970, núm. 625.

mofa». En Irāq se usa en la forma *labbis lasmar aḥmar, wiḍḥak ʿalayh* ²⁸, «Viste al moreno de colorado, y riéte de él». La glosa correspondiente es: «Se utiliza este refrán con la persona cuyo vestido, moda o color no se compadece con ella, lo que despierta la burla.» En la misma forma se utiliza en Jordania ²⁹, y está explicado así: «Se aplica a quien se viste con lo que no le sienta bien y se convierte en objeto de mofa.»

Resumiendo: ni verde (Occidente musulmán) ni rojo (Oriente musulmán) sientan bien a las personas morenas, sino sólo a las de piel clara. Del verde y blanco hemos hablado suficientemente en lo que se refiere a la tradición árabe. Del rojo y blanco baste remitir a la *Yamhara* de al-ʿAskarī ³⁰, quien, a propósito del refrán *Al-ḥusnu aḥmar* («la hermosura es colorada»), cita este verso:

Blancos camellos que en su blancura, revestida de rojo,
se recrea la vista, pues la belleza es roja.

Y lo glosa a continuación: «Quiere decir que la belleza está en el color rojo con el blanco, y no con el amarillo y los demás colores.»

No creo, después de todo lo dicho, que haya necesidad alguna de explicar el sentido de un par de refranes de Correas, que Correas tampoco se tomó la molestia de explicar. Como siempre, una de dos: o por no saber interpretarlo, o porque todo el mundo sabía a qué atenerse respecto a él, que en este caso me parece lo más probable. Los refranes son: *A moro negro, capil colorado* y, junto a él, *A moro negro, capirote verde*.

Aunque cambien los tiempos y las modas, y haya incluso algún caso de regulación estricta tocante a los colores de los vestidos que debe o no debe vestir cada cual, según su condición, su origen, o el color de su piel, lo que parece estar fuera de duda es que, tanto en la tradición española como en la árabe, lo que estaba mal visto era la morena y el moreno ataviados de verde; la de tez blanca, por el contrario, podía usar el color verde, si además era hermosa y no la afeaba algún defecto físico, como en el refrán que recoge Correas *Tras que la novia era tuerta, vistió-*

²⁸ Al-Ḥanafī, ʿYalāl, *Al-Amṭāl al-bagḍādiyya*, Bagdad, 1383/1963-64, II, 15, núm. 1626.

²⁹ Al-ʿAmad, Hānī, *Al-Amṭāl al-šāʿbiyya al-urdunniyya*, ʿAmmān, 1978, p. 488, núm. 100.

³⁰ Abū Hilāl al-ʿAskarī, *Kitāb Yamharat al-amṭāl*, Cairo, 1384/1964, I, pp. 366-367, núm. 550.

se de verde, que no precisa de glosa, o este otro, que podría parecer enigmático, pero que, tras todo lo visto, no ofrece la menor duda: *Alegrar, la de lo verde, que he aquí la blanca*, cargado de ironía y veneno, enderezado a la moza vestida de verde que, por morena o por fea, había transgredido la norma, ante la aparición de la blanca con el vestido cuyo color (verde, o no, no lo sabemos) contribuía a hacerla más hermosa.

En una obra poco conocida de al-Āḥiz (recordemos que este gran escritor murió, nonagenario, en el año 868), editada recientemente ³¹, figura la siguiente anécdota:

Qāla Abū l-Ḥasan wa-gayru-hu:

Qadima Yazīda ibn Usayd al-Sulamī rasūl^{un} min qibali l-Manṣūr, fadajala l-rasūlu wa-kāna šadīda l-sawādi wa-‘alay-hi ‘imāma^{un} jaḍrā‘u wa-‘alay-hi jaftān^{un} aḥmaru. Fa-ḡāla yatakallamu, fa-qāla Yazīd: «Ḥasbu-ka yā gurāba l-bayn.»

Contó Abū l-Ḥasan (y algún otro):

Un mensajero enviado por al-Manṣūr fue a ver a Yazīd ibn Usayd al-Sulamī. El mensajero, que era muy negro, entró a su presencia tocado con un turbante verde y vestía un caftán colorado. Al comenzar a hablar, le dijo Yazīd: «¡Ya basta, ave de mal agüero!»

El editor no da ninguna explicación al sentido de este relato que debía de ser, naturalmente, muy claro para al-Āḥiz, quien no deja nunca nada por comentar, y para sus lectores, y no sé si lo es tanto para los lectores árabes de hoy. Creo que podemos entenderlo muy bien a la luz de todo lo que va dicho. El emisario del califa se presenta ante uno de los altos dignatarios que había sido gobernador de Armenia, nombrado por al-Mahdī, y general victorioso, y osa aparecer ante él vestido de rojo y con un turbante verde, dos colores detonantes y tan vedados para él, con su oscura tez, por mor del buen gusto. Yazīd, el destinatario del mensaje, monta en cólera por esa transgresión a la estética y al respeto debidos a su persona, e imagina, además, antes de leer el mensaje o de escucharlo de sus labios, que, como el cuervo de la separación (*gurāb al-bayn*), tópico antiquísimo de la poesía árabe, con el que compara el color de su piel, ha de ser portador de las más funestas nuevas.

³¹ Al-Āḥiz, *Al-Burṣān wa-l-urṣān*, ed. Muḥammad Mursī al-Jūlī, Cairo-Beirut, Dar al-‘itishām li-l-ṭab‘ wa-l-naṣr, 1392/1972, p. 105.

Ibn Bassām, en su *Dajira* ³², ha dedicado algunas páginas a la curiosa figura de Abū l-Ḥasan al-Bagdādī al-Fakīk, que vivió en Irāq y corrió por Siria y otros países de Oriente antes de llegar —no se sabe cómo— a la taifa de Sevilla. Era un hombre ingenioso y desvergonzado, dispuesto siempre a las bromas subidas de tono, entre soez y obsceno las más de las veces. Tenía al-Fakīk más de bufón que de poeta, y una lengua particularmente entrenada en la invectiva. Por alguna razón, que ignoramos, tocante en todo caso a su compartamiento religioso, llegó a dar con sus huesos en la cárcel, desde la cual dirigió al rey poeta al-Muʿtamid un poema de ese género, tan corriente en la poesía árabe, en que el poeta más o menos dotado, cargado de hierros, colma de alabanzas —hay que suponer que no siempre sinceras— para solicitar el perdón del príncipe.

Ibn Bassām, que fue testigo presencial, nos cuenta de este Francesillo de Zúñiga en tono menor —quizá sólo porque no nos dejó escritas sus memorias— la siguiente noticia:

Lo vi un día vestido con un manto de color rojo sobre fondo blanco, y llevaba puesto un capirote verde, y enrollado en él un turbante de color lapislázuli. Recitaba delante de al-Muʿtamid una poesía que contenía este verso:

Tú eres Salomón, con todo su poder, y yo soy, en tu presencia, la abubilla.

Este verso, en que se mofaba de sí mismo, hizo reír a todos los presentes, que era el propósito del poeta bufón, oportunamente caracterizado para que sus palabras, en aquel punto, provocaran las carcajadas del rey y los magnates. La representación del actor, con su feo aspecto enmarcado de rojo, blanco, verde y azul, tenía de antemano garantizado el éxito.

Miguel de Cervantes, que tantas veces puso en ridículo a ese hijo de su ingenio que es Alonso Quijano, no se muestra menos cruel (aunque los comentaristas no lo hayan advertido y haya escapado también a la irritación de don Miguel de Unamuno) al hacer de don Quijote, en ocasión de la primera visita del cura y el barbero, casi un mes después de la malhadada aventura que tuvo con los disciplinantes, al final de la primera parte, este despiadado retrato:

³² *Dajira*, ed. Iḥsān ʿAbbās, 2.^a ed., Beirut, 1979, IV-1, p. 368.

Visitáronle al fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almi-
lla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y
amojamaado, que no parecía sino hecho de carne momia.

Para los lectores de la época, el pasaje tenía una clave que segura-
mente hemos perdido. También el cura y el barbero, y su biógrafo Cide
Hamete Benengeli, y el transmisor, Cervantes, advirtieron la intención
de ese atuendo ridículo, como el del mensajero de al-Manşūr en el rela-
to de al-Ŷāḥiz. Sólo don Quijote, pese a su mucho juicio y a las elegan-
tes palabras que pronunció en aquella ocasión, estaba lejos de saberse
con la tez renegrida, vestido de verde y tocado de rojo.

En los *Propos sur le bonheur* de Emile Chartier (1868-1951), que
utilizaba como seudónimo Alain, a secas, he encontrado un pasaje fe-
chado hace setenta años (26 de septiembre de 1923), que no me resisto
a dejar de lado, por poca relación que pueda tener con las páginas ante-
riores, que dice así:

Nos burlamos de la moda, pero la moda es algo muy serio. El espíri-
tu adopta aires despectivos, pero empieza por ponerse corbata. El uni-
forme y el hábito producen sorprendentes efectos calmantes. Son vesti-
duras de sueño, hábitos de dulce pereza, de la más dulce de todas, la que
obra sin pensar. La moda conduce al mismo fin, pero dejando el placer
de elegir, que está todo en la imaginación. Los colores atraen, pero la ne-
cesidad de elegir nos asustaría. Aquí sólo se muestra el mal para mejor
apreciar el remedio, como en el teatro. De ahí esa seguridad que ayer en-
contrábamos en el rojo y hoy nos presta el azul. Es una armonía de la
opinión, y la armonía es lo que vale. Ello produce una serenidad que re-
almente embellece. Pues si bien es cierto que el amarillo no favorece a
las rubias ni el verde a las morenas, la mueca de la inquietud, de la envi-
dia y del pesar no favorece a nadie.